

TRISTÁN de K. Betancourt

“Verdes y vibrantes eran las briznas que rodeaban la casa de Carlota. El sol reflejaba en ellas luz y calor, así como la visión de miles de animales e insectos que rodeaban el lugar. Ella, con su melena pelirroja y ondulada, se dejaba caer por entre los rosales para rescatar alguna de las flores que colmarían el ramo de su nuevo centro de mesa.

Un suspiro se escuchó a lo lejos, donde se encontraba su hermana observándola. Sorprendida, Carlota se giró para ver qué le ocurría a la pequeña de cabellos oscuros.

Ana no dijo nada, se marchó sin devolverle el saludo a su hermana que con tanta preocupación la observaba.

Hacía apenas dos días que su gorrión, Tristán, había aparecido en unas circunstancias bastante deplorables después de la visita de un astuto y cazador gato. Unas horas después, Tristán murió, y aquello supuso una horrible agonía para la pequeña Ana.

Carlota había intentado rellenar aquellos tiempos de pena con juegos y canciones, llevándola a pasear por el bosque y cocinándole grandes y jugosos pasteles. Pero Ana solo quería recuperar a Tristán, y nada podía consolar su malestar.

- ¿Te apetece que en el menú de hoy incluyamos las moras que he recogido? Podríamos hacer un pastel delicioso, Ana.

Ella miró a su hermana sin mucho entusiasmo.

- No, gracias.

Con el ceño fruncido, Carlota recogió los pétalos caídos sobre las mesa y se dirigió al salón para colocar el jarrón. Sin verlo, el pequeño y pícaro gato que había estado rondando los alrededores de la casa, se cruzó entre sus piernas, haciéndole perder el equilibrio y tirar el jarrón al suelo.

- ¡Es él, es el asesino de Tristán!

Ana corrió tras el gato para intentar atraparlo. Este, con sus ojos bien abiertos, decidió subirse en todos los muebles que encontraba en la cocina, buscando un lugar por el que escapar de aquellas pequeñas y enfadadas manos.

- ¡Ana, ten cuidado y deja que se vaya!

- ¡No!

La confusión aumentó cuando el animal comenzó a maullar, asustado y alterado por la persecución sin final.”

- Espero que no le haga nada al gatito porque si no... me enfadaré. Y lloraré. Sabes que puedo hacerlo.

Los ojos oscuros de Marcus miraron con profundidad los de su madre.

- Espera y verás.

“Ana logró acertar a coger una escoba. Era mucho más grande y mucho más pesada que ella, pero tenía tanta rabia en su cuerpo que no le importaba.

Para cuando Carlota se quiso dar cuenta, la niña y el gato habían tirado la mitad de los objetos que se encontraban en la cocina, así como buena parte de la comida que había en la encimera.

- ¡Ya basta!

Gritó Carlota, mientras observaba como Ana y el gato se congelaban al mirarla.

Con un claro destello de luz, el gato se convirtió en una pequeña niña de la edad de Ana, con el cabello algo más revuelto y tostado.

- ¡Sabía que habías sido tú! ¡Asesina!

- ¡Yo no quise hacer nada! ¡No sabía que era Tristán!

- ¡Callaos las dos!

Carlota se giró hacia ellas. Ana lloraba, aún con la escoba en la mano, mientras Teodora se retorció los dedos con nerviosismo.

Con paso largo, Carlota se acercó a Teodora, intentando desenredar la maraña de hojas y bayas que había ahora en su pelo.

- Lo siento mucho...

- No está bien lo que hiciste y lo sabes, Teo. Tampoco deberías transformarte sin control.

- ¡Pero...!

- Nada de peros. Voy a hablar con tu hermana y te llevaré a casa. Pero antes...

Carlota hizo un movimiento de cabeza en la dirección en que se encontraba Ana, animando a Teodora a que se acercara.

- Lo siento, Ana. Tristán se escapó, no lo reconocí y cuando quise darme cuenta... ya no pude hacer nada.

Ana gruñó, enseñando sus dientes, desafiante. Unas orejas peludas comenzaban a sobresalir entre el pelo de la niña cuando Carlota se acercó. Apoyó la mano sobre el hombro de su hermana, y esta, al instante, relajó la postura. Las orejas y los colmillos desaparecieron, pero la crispación seguía perenne en su rostro.

- No quiero verte más. Vete de aquí... ¡Y no vuelvas!

Espetó a Teo, mientras salía corriendo de la estancia escaleras arriba hacia su habitación."

- No me parece bien ese final para el capítulo. ¿Desde cuándo Teodora y Ana se transforman en gatos?

- Desde que empezó el libro, cariño. Pero te quedaste dormido ayer justo en el momento de la revelación.

- Pues vaya faena.

Lina se tumbó junto a su hijo, mientras dejaba el libro sobre la cama. Con sus brazos rodeó el cuerpo del pequeño, dándole un largo y sonoro beso en la cabeza.

Y, así, la luz desapareció de la habitación. Los sueños se instauraron en sus mentes y el mundo, tal y como lo recordaban, se fue para no dejar rastro.